

# La fuga inefable hacia Ulalume

POR CARLOS GARCIA PRADA  
(En el Rep. Amer.)

I

"Ríela en mi alma tu recuerdo  
como la luna sobre el mar..."

"Todo está en mí... y en mí no  
nuevra nada!"

L. de G.

Jamás he hablado con De Greiff. Le vi por primera vez en 1916, en un cafetín situado cerca del Teatro Municipal, donde nos reuníamos unos cuantos muchachos. Mientras jugábamos a las cambolas, un hombre de veintidós años, alto, rubicundo, de ojos zarcos y barba sin rasurar, se sentaba solo, a fumar en pipa—cosa extraordinaria en la Bogotá de entonces—y a escuchar la música de una pianola. Parece que le pagaba al mozo del café por que tocara, de treinta a cuarenta veces seguidas, la "Despedida de Beethoven al piano".

Sucedió esto en varias ocasiones. Picado de curiosidad, una tarde le pregunté al mozo:

—¿Quién es el de la pipa?

—El poeta León de Greiff.

—León de Greiff... ¿Será entonces *Leo Legris*, autor del soneto que comienza: "El micifuz que en mi alcoba dormita—de felpa azul, como un gato de paja—mis papeleros pérfido baraja—lento al girar con pereza exquisita?"

—¡Vaya Ud. a saberlo!—sentenció el mozo...

Desde aquella tarde he seguido con vivo interés la carrera artística de León de Greiff, sin olvidarme de que en su juventud era él capaz de oír, envuelto en humos de cachimba y de ensueño, y tantas veces seguidas, la obsesionada música que el Sordo dejó en el viento al despedirse de su piano.

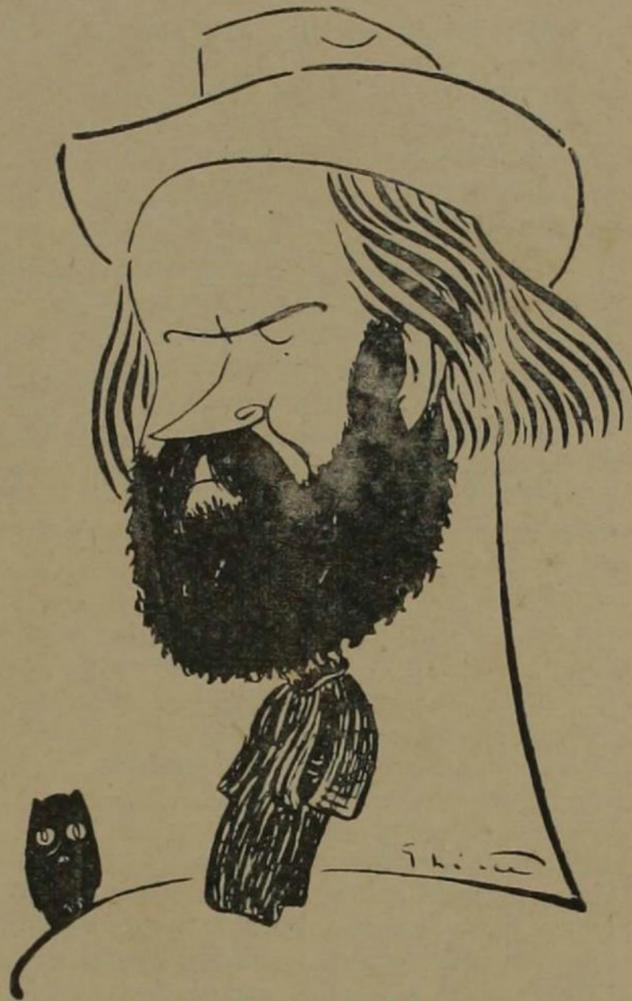
En 1935 supe en Bogotá que De Greiff era empleado modelo de un banco, y que vivía completamente solo, "como un buho", en una modesta pensión. Una tarde de lluvia le vi en un "homildoso" café semipúblico: Ya bien entrado en carnes, de ancha cara coloradota—medio oculta bajo las alas de un sombrero descomunal,—un poco envejecido, la barba menos corta. Pero era el mismo de antes, retraído, silencioso.

Siempre me ha obsequiado sus obras literarias. Cuando me envió *Variaciones alrededor de nada*, y *Prosas de Gaspar*, terminó así su amable dedicatoria: "Heme permitido agregar 2 ejem. de c/u. de mis librecitos, por si Ud. topa por ahí a quien endilgarlos".

\*\*\*

Descendiente, por el padre, de patricias familias escandinavas, y por la madre de familias antioqueñas, León de Greiff es un caso insólito en las letras colombianas. No ha ganado el favor del público ni ha convencido a ciertos críticos, a quienes desdén. Entre los verdaderos poetas de Colombia, es el menos telúrico y plástico, y el más musical.

De Greiff carece de poderes visuales. No ve, sólo escucha. Su alma lírica se irrita ante algunos aspectos físicos, humanos y culturales del ambiente en que se crió. Sus garzos ojos escanavos se ciegan bajo la luz del sol tropical, que él dice "agresivo", "estridente" y "grotesco", y su heroico corazón destila rencores al contacto de "la intonsa muchedumbre de pingüinos" que lo rodea, compuesta de gentes "velludas", "hinchadas", "letales"—adversas a los corcovos, las jugarretas y el ensueño"... "incapaces de interpretar una emoción desemejante a la ritual"—y de gentes de "la turbia ralea del corral y del establo, zurda y fea".



León de Greiff

(Hacia 1931)

Caricatura de Lince

Sus *resentimientos* alcanzan a la gramática "inace", la retórica "caquésica", la métrica "obsoleta e inofensiva", y aún a la lógica "absurda" y la metafísica, que él llama dócil Celestina. Por eso De Greiff discurre solo por el mundo, sin curarse de lo que de él digan o piensen los demás, listo siempre a refugiarse en su tonel de Diógenes hirsuto, seguro de que su "psique treme, suspira y canta."

De su ambiente ama De Greiff las lluvias trémulas—"lloro cristalino de invioladas monjas rubias"—, porque su lamento asordina sus canciones. Ama el viento que le trae aromas de cedro y de alóe, y tufos salobres y iodados, y que, si es brisa, "balbucea palabras mütiles al modo de Sheherezada", y si se pone turbulento y zumba en los palmares y guadales, es "un arpegio desmelenado" que toca sinfonías beethoveanas "en el lucífago teclado de la noche". Ama el crepúsculo, por quieto y por saudoso. Ama la luna, "mágico espejo deslustrado" de cuyo fondo mana "la fuente viva y rútila" de sus más íntimos anhelos... Y ama, religiosamente, a la Noche, piélago de músicas inasibles en cuyas ondas vaga su velero fantasmal. En su Noche, el Silencio dice con voz aledada las palabras de la Muerte, y por eso a Ella—deificándola—eleva De Greiff la cántiga medieval de sus Letanías:

"Yo te amaré con amor infinito

Noche Eterna;

Yo te amaré con amor transitorio

Noche de Fuga;

Yo te amaré con seráfico amor

Noche Virgen;

Yo te amaré con amor cerebral, inmaterial,

[fosforescente, irradiante,

Oh Noche Metafísica;

bajo la rósea luz de Venus encendida

Yo te amaré

Noche Insaciable;  
Yo te amaré bajo la advocación de la román-  
[tica Selene,

Noche Diana;  
pérfido te amaré  
Noche Proclive;  
Yo tempestuoso te amaré  
Noche Vertiginosa;  
Yo te amaré glacial  
Noche Fría;  
Yo te amaré cautivo  
Noche Cautiva;  
Yo te amaré cantando a gritos mi pasión  
Noche Desafiante;

¡tácito te amaré, Noche Muda!"

De Greiff ama también su pipa, cuyo humo melodioso le "da alas azules al ensueño"; su biblioteca, "dulce mansión del reposo instantáneo"; su ancho sofá de velludo, acogedor y discreto; su silencio, "joyel de músicas recónditas"; su pereza sabia, muelle y exquisita—"estanque especular para su narcisismo", cuyas aguas de gamuza tienen pupilas de mil facetas por donde mirar al mundo acerbo; su soledad—"de regazo más acariciador que el de las hembras"—donde él puede vegetar y esperar el descanso definitivo...

De Greiff ama la aventura exótica, el azar, la armonía, la nietzscheana visión futuradora, y ama sus recuerdos, "lívica caravana de enfermizos fantasmas de lo efímero y lo infinito"... Y por encima de todo quizás, ama a la Muerte—maravillosa danzarina de voz sobria y ojos de esperanza "colmados de hastío", de tácticos glitares, cuyos "giros rítmicos convergen al céntrico punto de la quietud", y cuyos sollozos son "trémolo arrullo que lo adormece todo."

No ha querido De Greiff someterse a ninguna disciplina intelectual. Vive cautivo de sí mismo, y desprecia los sistemas de pensamiento en que los hombres, en el transcurso ilustre del Tiempo, han pretendido fijar la realidad que se re-crea a cada instante. Lee muchos libros—amables unos y amargos los más—y califica así a sus autores favoritos: Baudelaire, cerebral y diabólico; Rimbaud, vagabundo y malévolo; Darío, sensorial; Verlaine, angelical; Villón, ardido y juglaresco; Goethe, jupiterino; Nietzsche, futurista; Lenin, apostólico; Leopardi, amargo, Stendhal, exquisito; Ducasse, atediado; Heine, helado e irónico; Hugo, uniforme; Strindberg, sombrío y laberíntico; Des. toyevsky, desolado, y Poe, lunar, trágico. Al norteamericano eleva De Greiff su plegaria:

"Oh, Póe! oh, Póe! oh Póe!

genio de Signo fáustico!

alma que en mí domina!

Faro de luces negras.

¡Acógeme en tu lóbrego retiro de silencio!

en tu mística pávura!

¡Y en el retiro cándido

de tus amores puros!

¡Transportame a las tierras de Weir

donde Ulalume regó sobre tu alma

Su fragante perfume!"

Nacido y criado en Antioquia, donde los estudios de música andan por demás descuidados, De Greiff no tuvo la oportunidad de hacer ningunos, como correspondía a su genio esencialmente fáustico y musical. Se cree a sí mismo "un músico fallido", y por eso ha adquirido la mejor colección de discos de gramófono que existe en Colombia, y satisface sus deseos oyendo músicas del Norte—"arrullo, oscuridad y fuerza"—: músicas eslava—"luz abismal"—y músicas meridionales—"deleitosas"—, que alimentan todas ellas su "morbosa lujuria de oír". Ama a Chopín, elegiaco;